

Viaje al Pekín de Lao She

Una feroz crítica social

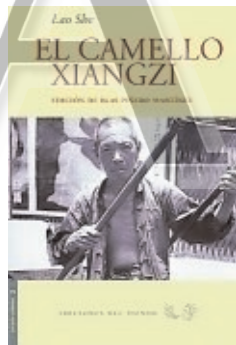
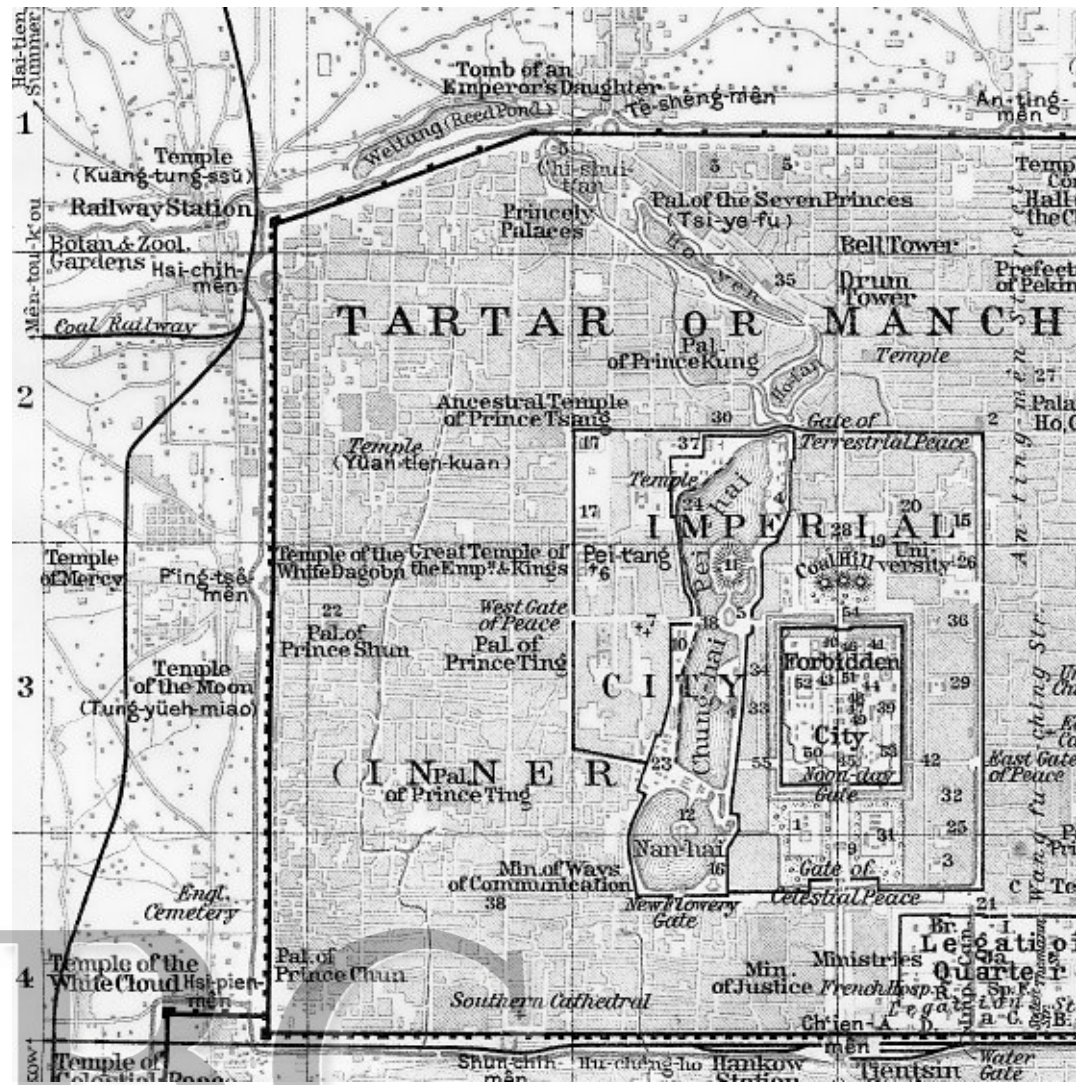
Ediciones del Viento rescata «El camello Xiangzi», la gran obra de una de las referencias de la literatura china del siglo XX. Ofrecemos un extracto

Quisiera hablarles del camello Xiangzi. Xiangzi no era un camello de los que tienen cuatro patas y dos jorobas, pero ese era el nombre con el que se le conocía en las calles de su ciudad. Por lo tanto así le llamaremos, el camello Xiangzi, el camello suertudo. Nuestra historia mostrará que su vida tuvo mucho que ver con la de esas bestias.

En Pekín hay un tipo de hombres que se gana la vida tirando del *rickshaw*. El tirador suele ser joven y lleno de vigor, gallardo y de piernas ágiles y siempre junto a un carrito elegante. Este tirador se pasa el día dando vueltas y si le viene en gana pone la calesita en servicio. Si no, se para en cualquier sitio para que nadie le azuce con monsergas. [...] Si la suerte le sonríe, el tirador puede ganar uno o dos yuanes al día y luego ya no hace nada más. Acaba la jornada tan pelado como la empieza, lo que parece no importarle demasiado. El tirador sueña con trabajar para familias acaudaladas o poseer su propio vehículo. Con carrito propio, echar una carrera más o menos al día, no tiene la menor importancia para el tirador. Sabe que el dinero no irá a manos ajenas porque el carrito es suyo y no debe pagar ningún alquiler a nadie.

En la antigua capital hay tiradores a quienes las cosas les iban de mal en peor. Se han hecho viejos y las piernas ya no les funcionan como antes. Ya no pueden vivir tan tranquilos, rascándose la barriga, ni dejar pasar una carrera porque tienen que mantener a la familia que los espera con el pico abierto. Esta categoría de tirador suele tirar de un carrito nuevo y de aspecto reluciente. El aspecto del carrito refleja la dignidad de quien tira de él y el tirador se aprovecha de ello cuando tiene que negociar el precio de la carrera con un cliente. Suele trabajar a tiempo completo, y si le queda todavía algo de arrojo para trabajar por la noche, el tirador la pasa en blanco y tira del *rickshaw*. El tirador gana más dinero de esta manera y compensa con creces el gasto producido por ser útil.

Los tiradores que tienen más de cuarenta años y menos de veinte les da miedo cuando oscurece y no se meten en esos líos de carreras nocturnas. Estos forman un grupo aparte y no se meten por nada del mundo en camisas de once varas. Al carrito lo sacan con las primeras luces del día y trabajan a destajo hasta las tres o cuatro de la tarde. Esos son los gajes del oficio. Así pueden pagar el alquiler del vehículo y ganarse su bol de arroz. El tirador está para el arrastre y es lento, por eso estos tiradores deben recorrer muchas calles al día para ganar una



miseria. A estos tiradores se los emplea para abastecer de fruta los mercados de la ciudad [...]. El dinero que se consigue es poco, pero es un trabajo para el que no se necesita ser rápido como una centella y uno puede ir a su aire [...].

A Xiangzi no le han llamado siempre «camello». Antes de que así sucediese, Xiangzi gozaba de cierta independencia y era un tirador que poseía un *rickshaw* propio, además de juventud y vigor, lo que le garantizaba, al menos, su sustento diario. A Xiangzi se le consideraba un tirador de *rickshaw* de [...] alto copete, pero llegar hasta ahí no le había sido fácil. Un año, dos, tres, incluso cuatro años son a menudo necesarios. Una gota de sudor, dos gotas, nadie puede decir exactamente cuántas sudaría el bueno de Xiangzi antes de hacerse con su cochecito. Con los dientes apretados bajo el aguacero y contra el viento, reducía su porción de comida y de té para poder ahorrar lo suficiente y hacerse con una pequeña calesa de dos plazas. El carrito de dos ruedas representaba a sus ojos la recompensa máxima a sus luchas, la medalla que decora al soldado tras cien batallas victoriosas. Xiangzi sabía lo que era llevar un *rickshaw* de alquiler de sol a sol y de una punta a otra de la geografía urbana como una peonza alocada. Sabía lo que era perder el control sobre su propio destino, y en me-

dio de esta locura, sabía guardar una mirada lúcida sobre su entorno y dejar los nervios en el bolsillo; la idea de poseer una pequeña calesa no le abandonaba nunca. El carrito formaría parte de su vida con el mismo derecho que sus manos y sus pies. La compra del carrito le haría independiente, y no se vería amarrado a la voluntad de otras gentes ni tendría que soportar los aspavientos de los usureros. [...]

«Una gota de sudor, dos gotas, nadie puede decir cuántas sudaría el bueno de Xiangzi antes de hacerse con su cochecito»

«Sabía lo que era perder el control de su propio destino, y en medio de esta locura, sabía guardar una mirada lúcida sobre su entorno»

A suertudo, el destino le sonrió cuando menos se lo esperaba y ya no podía exigir más de esa vida perruna que llevaba. Quería comprarse un *rickshaw* nuevo, atractivo y moderno, el mejor carrito nuevo que hubiera pasado delante sus ojos, pero sin que le superase el importe de los cien yuanes. Entonces supo de un comprador de *rickshaw* al que le había quedado corto el dinero cuando el vendedor ya le había enviado la mercancía. De hecho, el vehículo que había puesto a la venta no difería mucho del que ansiaba, aunque superaba con creces los cien yuanes que el tirador de Pekín estaba dispuesto a pagar. El comerciante ya se había embolsado una parte del precio total del vehículo y estaba dispuesto a rebajar el precio si la oportunidad se le presentaba. Xiangzi se precipitó a la tienda con las manos empapadas de sudor y los colores de la cara bien subidos de tono. Había reunido noventa y seis yuanes en su bolsillo.